

Enseñanzas y certidumbres a propósito de la cuaresma

El poder y la gloria

Pedro Trigo, s.j. *

Cuaresma es tiempo propicio para hacerse cargo de esa característica de la vida humana que los antiguos sintetizaban con una frase del libro de Job: “la vida del ser humano sobre la tierra es trabajo”

Esta frase, “la vida del ser humano sobre la tierra es trabajo” (7,1), conlleva el sentido de fatiga, lucha (milicia, tradujo Jerónimo al latín). Ello es así porque somos seres sensibles y necesitados, como los animales, pero, a diferencia de ellos, no estamos programados sino que somos estructuralmente abiertos. Las necesidades no las satisfacemos por el instinto sino mediante el trabajo que crea la cultura: la de la cocina, la del vestido, la de la casa, la de la familia, la de la ciudad; y los deseos los podemos aplacar de momento, pero son insaciables. Tanto la incertidumbre de poder satisfacer las necesidades como la insaciabilidad del deseo nos producen angustia. Y ésta es proclive para buscar soluciones que nos deshumanizan en vez de construirnos como seres humanos cualitativos.

A esta inclinación a salidas en falso la llamamos cristianamente tentaciones. Ellas no tienen nada de anormal; por el contrario, tenemos que hacernos cargo de que nos acompañarán mientras vivamos. Las tentaciones tienen un componente externo, pero también una complicidad interna. Por eso, no todo es tentación para todos y para uno mismo algo puede serlo en un momento y dejar de serlo en otro.

Para nosotros es consolador saber que Jesús, que para nosotros es el Hijo único de Dios, también fue tentado. Fue probado en todo, dice la carta a los Hebreos, pero a diferencia nuestra, no pecó (2,18;4,15). La diferencia no estriba en que no fuera de carne como nosotros sino en que, al tener a su Padre en el centro de su corazón, todo lo que le inducía a apartarse de él, tenía para él menor valor que la alegría que le daba la relación con él, una relación, sin embargo, enormemente dramática, en ocasiones. Por eso las tentaciones que aparecen en los evangelios, que son muchísimas, son las tentaciones de cómo ser Hijo de Dios, de cómo vivir su misión.

SERES DE DESEOS INSACIABLES

Vamos a considerar la segunda, tal como la relata Lucas (4,5-8). Dice que el tentador le mos-

tró todos los reinos del mundo, con todo su poder y gloria, y le dijo: todo esto te daré, porque me lo han dado y lo doy a quien quiera, si postulado ante mí, me adoras. Jesús le respondió. Está escrito: Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás.

Como se ve, a diferencia de la primera, que tiene que ver con nuestro ser de necesidades, porque Jesús desfallece de hambre, y que por eso es muy concreta ya que lo que ofrece es pan, esta segunda tiene que ver con nuestra condición de seres de deseos insaciables. Por eso apela a la imaginación, que no se contenta sino con todo el poder y toda la gloria. El poder, en el sentido que lo propone el tentador, es la capacidad para imponerse sobre todos los demás y convertirlos en comparsas o súbditos o, a lo más, colaboradores, y la gloria es el resplandor de sus riquezas y de su poder, que deslumbra y lleva al reconocimiento por parte de los que son relegados a la condición de espectadores o, a lo más, de cortejo.

El imaginario de esta tentación es un individuo, es decir, un ser humano sin lazos constituyentes, que no se vive como un hijo que ha recibido lo que tiene de otros que lo han puesto en la vida por amor, ni como un compañero que comparte con otros libre y fraternamente, tanto el trabajo, vivido como un hecho social, como la vida, experimentada como convivialidad. Quien se entiende de otros, con otros y para otros, desde el don recibido y entregado, no tiene ningún deseo de ser más que nadie, de imponerse sobre ellos, porque sabe que esa posición le impide estar con ellos como su hermano. Tampoco quiere deslumbrar porque no quiere relegar a los demás a la condición de espectadores, porque entonces no estaría ya con ellos. Así pues, el tentador a lo que inclina es a que se elija como un ser individualista, para quien los demás son o competidores o meros colaboradores y súbditos, pero no otros yo, iguales en dignidad, distintos y compañeros.

Como se ve, esa tentación no es algo arcaico sino la tentación de la dirección dominante de esta figura histórica. Solo si nos elegimos así, estaremos en su poder. Por eso, el proceso gigantesco de ideologización, para que no veamos la realidad sino esas imágenes sobresaturadas que ellos nos imponen por todos los medios, cuyo contenido, variadísimo, se refiere siempre a estar entre cosas (produciendo, intercambiando o consumiendo) o ante los que están exhibidos. Los triunfadores son los que tienen el poder y la gloria, sea en un ámbito reducido o en una escala intermedia o a nivel global. Los demás aspiran a participar de ella, aceptando sus condiciones o se contentan con vivir la vida vicaria de espectadores.

UNA DIRECCIÓN VITAL DIABÓLICA

Nos tenemos que preguntar si lo que ofrece el tentador es real. Distingamos la oferta y las condiciones. Lo que ofrece no es la realidad (no todos ni la mayoría consiguen el poder y la gloria) sino la aspiración a ella, vivir en ese horizonte, caminado sin cesar hacia él, bien sea que parezca que lo tocamos, bien que sintamos que se nos aleja cada día más. Ahora bien, en tanto aceptemos ese horizonte, de hecho aceptamos sus condiciones: aceptarnos, no como hijos y hermanos sino como seres individualistas y en competencia perpetua: en la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los más funcionalizados.

En este sentido preciso, buscar el poder y la gloria es una dirección vital literalmente diabólica porque nos divide y así nos impide ser hijos y hermanos. Ambas direcciones son realmente incompatibles. Si una persona que ha aceptado transitar por el camino del individualismo decide vivir con otros, entregarse a ellos, amar, debe desandar el camino anterior.

Doña Bárbara nos lo presenta de manera paradigmática. Lo que se nos dice de la vida de ella antes de que comience la acción es que se dedicó sistemáticamente a imponerse sobre todos y así adquirió la gloria de ser la cacica del cajón del Arauca. Sin embargo, al conocer a Santos Luzardo, tomó la decisión de hacerse digna de su amor y comprendió que ello exigía entregar una a una sus obras. Cuando se percata de que se está quedando sola y sin poder y que su amado no la corresponde, debe realizar la decisión trascendente de preferir el amor como oblación, a la venganza y así se retira como religada y no como individualista, en vez de retomar el camino anterior. Es la misma decisión de Jesús en la cruz, aunque Gallegos no lo supiera ver así.

LA EXISTENCIA SIMBÓLICA

¿Cómo vence Jesús la tentación? La vence desde el comienzo. El único que no tenía pecado y que por su justicia se podía haber separado de los pecadores y puesto por encima de ellos, se confunde con los pecadores y se dispone con ellos a ser bautizado por Juan. Cuando le toca el turno, se adelanta al centro del río y confiesa sus pecados del único modo que puede hacerse: en primera persona. No pudo decir: perdóname, pero sí pudo decir y dijo: perdónanos. Lo dijo con inmenso dolor porque nos acogió a todos en su corazón. El que era superior a todos no tuvo ningún interés en mantener su rango sino que se hizo hermano de todos: no un yo sino un nosotros. Durante el resto de su vida se dedicó a hacer cuerpo con cada persona, cada grupo, las masas. Un cuerpo social personalizado y libre. Este proceso culmina, como en el

caso de Doña Bárbara, con un amor oblativo. El que había vivido de su Padre y para sus hermanos, que eran todos empezando por los pobres, el que había practicado su liderazgo no para hacer satélites ni para su gloria sino para empoderar a los maltratados y abatidos, muere en poder de sus enemigos, abandonado por los suyos y sintiendo la ausencia de su Padre. Pero no muere como derrotado ni resentido sino, por el contrario, llevándonos a todos en su corazón, pidiendo a su Padre por los que lo estaban asesinando y echándose en los brazos de su Padre, a pesar de que experimentaba su ausencia. De ese modo su muerte fue la culminación de su vida: su realización más consumada.

Esta adoración también es propia de Jesús porque su Padre sigue siendo su Dios (Jn 20,17), ese misterio eterno, pero misterio de amor, el amor que es lo más fuerte, pero no una fuerza que se impone y avasalla sino un torrente que se derrama libremente y solo acepta una acogida y correspondencia libre.

Inclinarse ante ese Dios entraña la dirección vital de vivir como hijo y como hermano. Excluye el individualismo y la lucha de todos contra todos. Ésa es la victoria que vence al mundo, al orden establecido, para que triunfe la humanidad. A ese camino somos invitados.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.

SOLO EL AMOR ES DIGNO DE FE

¿Por qué Jesús puede morir así? Porque había vencido radicalmente la tentación afirmando con su vida esa sentencia de la Escritura: “A tu Dios sólo adorarás y a él sólo servirás”. Buscar todo el poder y la gloria supone funcionalizarse completamente: aceptar las reglas de juego de la competencia total y entregarse a ellas con alma, vida y corazón. Eso es lo que significa adorar al tentador: plegarse al mecanismo diabólico. ¿Qué le da a Jesús fuerzas y determinación para resistir esa dirección vital? Adorar a Dios y sólo a él.

Dios, el Dios de Jesús, no es el Dios de los dioses y el Señor de los señores, es decir, el que tiene más poder y gloria que todos juntos, poder y gloria ciertamente justos y razonables, pero no menos sino más poder, como capacidad de imponerse absolutamente sobre los demás y gloria como deslumbrar a todos convirtiéndolos en espectadores: el cielo como estar mirando siempre el espectáculo de Dios. Ése no es el Dios de Jesús. El Dios de Jesús no se impone, porque su único poder es el propio del amor infinito, y el amor no se impone. Tampoco pretende deslumbrar a nadie sino, por el contrario, comunicar su gloria: “lentos están los cielos y la tierra de su gloria”; “la gloria de Dios es que el ser humano viva y la vida del ser humano culmina en la relación íntima con él” (Ireneo). Ante ese Amor infinito que se entrega con absoluta discreción se inclina Jesús porque el ser humano solo alcanza su verdadera estatura cuando cae libremente de rodillas ante él. Pero solo ante él, no ante los dioses que nosotros fingimos como proyección de nuestros deseos insaciables.

Adorar ese misterio infinito no humilla ni empequeñece porque ese misterio, que nos excede absolutamente, es misterio de donación gratuita e incondicional. Solo nos pide ese reconocimiento, también libre y gratuito, que es participación de su mismo amor, que él derrama sobre nosotros. Así, adorar a Dios es creer en él y solo el Amor es digno de fe.